

**DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat**  
**29 de septiembre de 2013**  
**Lc 16, 19-31**

«Os acostáis en lechos de marfil; arrellanados en divanes,... bebéis vino en copas, os unguís con perfumes exquisitos y no os doléis del desastre de José...». Esta descripción de un vivir opulento que hoy hemos oído a través de la voz del profeta Amós, podría parecer que no se refería a la situación política de su tiempo (aproximadamente VIII siglos antes de Cristo), cuando Israel se escindía en dos naciones, sino a nuestro tiempo cuando sabemos que los ricos lo son cada vez más a cuenta de otros que se van empobreciendo más y más. Parece que no tengan ni un pequeño atisbo de mirada de misericordia hacia los desahuciados de todo tipo, por ejemplo, sino que su glotonería de acumular bienes y más bienes hace que vivir sea, cada día, más pesado para los más pobres. Pienso que, hoy, desgraciadamente, todo esto es demasiado real.

El evangelio de este domingo nos recuerda unas actitudes de fondo que debemos tener presentes en nuestro vivir. Si nos acercamos a los dos personajes para identificarnos con ellos, seguramente que ninguno de nosotros se quiere identificar con el hombre rico. Sin embargo, ¿podemos decir que tenemos derecho a identificarnos con Lázaro? ¿Tan mal vivimos? En nuestro interior, ¿qué deseamos? No se trata de que lo tengamos, sino ¿dónde ponemos nuestra mirada, nuestro corazón, nuestro deseo? El rico, ocupado en sí mismo, era incapaz de darse cuenta de que junto al portal de su casa, echado por tierra, humillado por la situación, estaba Lázaro pasando hambre, con su realidad herida, sólo los perros eran capaces de acercarse a él y lamerle sus úlceras, le chupaban la sangre, como escribe un comentarista. Es verdad que el portal impedía al rico ver a Lázaro, pero sin embargo nunca abrió para ver quién había más allá de su portal.

Estas diferencias se acabaron con la muerte. La situación cambió porque a Lázaro lo llevaron al seno de Abrahán, y el rico fue al país de los muertos, «en medio de los tormentos». Y ahora sí que el rico supo ver a Lázaro. Y ¿qué quiere el rico? En la parábola hace tres peticiones. La primera. Pide que el que era pobre le ayude a que su nueva vida le sea más "confortable". Fijémonos en la parábola: pide «Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas...». Continúa centrado en sí mismo, pero ahora la situación se ha hecho irreversible, hay «un abismo inmenso» que lo impide.

La segunda petición. Ya no pide por él mismo sino por sus cinco hermanos que viven con su mismo estilo de vida. Y que Lázaro continúe sirviéndole: «te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento». La respuesta nos hace ver que no es el miedo lo que debe hacer cambiar las actitudes, sino la integridad en unas convicciones, de ahí que responda «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen». A través de Moisés debemos entender todo aquel cuerpo legislativo que encontramos en los primeros libros de la Biblia en el que se van dando criterios de comportamiento y de atención a los demás; si nos fijamos en los diez mandamientos, por ejemplo, podemos ver cómo nos muestran la necesidad de un respeto profundo hacia los demás. Los profetas siempre han sido aquellos que en nombre de Dios reclaman reencontrar el camino de la justicia, el camino de la conversión. El profeta Amós (Am 2,6-8) y el profeta Miqueas (Mi 3,1-3) piden que sea atendido el pobre y que sepamos compartir los bienes. El mismo rico de la parábola de hoy se da cuenta de que sus hermanos harán como él; serán incapaces de escuchar

porque sólo están llenos de sí mismos. Muy a menudo la acumulación de riqueza sólo lleva a la obsesión por hacerla crecer más, de tener más y más y de ir acumulando sin cesar. Basta con leer los periódicos, escuchar la radio y ver la TV para darnos cuenta cómo este fenómeno una y otra vez se repite. De vez en cuando nos van diciendo cómo crecen las fortunas personales ¡hasta hacer un ranking! Toda una muestra de ostentación, y los hay que se enfadan si les han colocado en una posición más abajo de la que creían. Ahora bien, esto que lo decimos de los más potentados a veces pasa entre familias y amigos: competimos para ver quién tiene más. ¡Cuántas envidias provoca!

La última petición. Que pase algo extraordinario: el rico pide «si un muerto va a verlos, se arrepentirán». La respuesta de Abraham insiste en ser coherente con una vida íntegra que ha aprendido en la escucha, y por tanto, en la interiorización de la palabra de Dios y en la escucha de las voces proféticas. A veces podemos pensar que algo extraordinario cambiará el interior del hombre, pero cuando las actitudes del corazón son las mismas, no cambian, todo vuelve a ser ordinario, aquello que aporta de nuevo lo extraordinario se desvanece rápidamente. La construcción interior es una tarea de cada día, la conversión es un trabajo diario.

La parábola nos puede servir para revisar nuestras actitudes y hacernos abrir los ojos a la presencia del Lázaro que está en nuestra puerta. ¿Qué le podremos contestar a Dios cuando nos pregunte qué hicimos de este pobre?